



## UNA MUERTE EN EL CAMPO.

---



a artillería, sobre el campo de batalla, presenta un espectáculo que al mismo tiempo maravilla y aterroriza.

Ver aquel largo convoy de caballos, de cañones y de carros moverse á una señal de extremo á extremo, y con tremendo estrépito lanzarse á la carrera, atravesando campos, caminos, viñedos, subiendo, descendiendo, maniobrando con rapidísimo serpentear, y en la carrera impetuosa salvar calzadas, saltar fosos, derribar y hollar setos, plantas y surcos, y envuelta en espeso torbellino de polvo y de piedras, perderse tras los lejanos árboles, y de allí á poco tiempo reaparecer sobre las cimas de los cerros, y en un instante romperse, dividirse, fraccionarse, elevar al cielo inmensa nube de humo, llenando



de espantosos truenos los valles de las inmediaciones; ver á cada disparo aquellas formidables bocas retroceder como aterrorizadas de su propia obra, y á lo léjos arruinarse casas, destrozarse árboles, diseminándose por el campo las compactas filas de enemigos, rotas y destrozadas... ¡oh! es en verdad un espectáculo que maravilla y aterroriza.

Del sentimiento del poder terrible de las propias armas, el soldado de artillería tiene aquel su carácter particular de gravedad y de altivez, que no desaparece jamás de su ánimo ni de su aspecto, aún despues de una batalla perdida, cuando todos los demás están postrados por la tristeza y la desconfianza.

\* \* \*

Así, serios, pensativos, mas no descorazonados, no envilecidos, entraban en Chivasso, al caer de la tarde, los artilleros de una batería del ejército piemontés, quince días despues de la batalla de Novara. Faltaban á la batería muchos carros, muchos caballos, un cañon, dos oficiales y varios soldados. La acompañaban un capitán y un teniente. El pueblo asistía callado y triste á su entrada, como al desfile de fúnebre comitiva.

Se detuvieron en la primera plaza. El capitán ordenó á su oficial detener la batería, y bajando del caballo, se puso á mirar alrededor, como si buscase á alguien en medio de la gente aglomerada.

De allí á un instante se le acercaron dos jóvenes (el uno podía tener veinticinco años, el otro diez y ocho), se quitaron el sombrero y le preguntaron tímidamente:

—¿Es V. el señor capitán?...

El capitán no les dejó acabar. Estrechó la mano á los dos, llamándoles por su nombre amistosamente, y les dijo:

—Me he tomado la libertad de escribir á ustedes sin tener el honor de conocerles, porque en esta ciudad no sabía á quién dirigirme; hubiera escrito ántes si ántes supiera algo de la familia de ustedes. Pero ni aún sus amigos—añadió con acento triste—han podido decirme nada... ¡Y tenía muchos y muy queridos aquel pobre jóven!

Y dió de nuevo la mano á sus dos interlocutores, que se la estrecharon fuertemente.

—¿Han dicho algo á su padre de mi carta?

Respondieron que no le dijeron otra cosa sino que el capitán de la batería á que pertenecía su pobre hermano vendría á hacerle una visita; no le habían podido decir más, porque estaba ligeramente enfermo y temían producirle una conmoción demasiado viva; sin embargo, algunos par-



ticulares de la muerte de su hijo le eran conocidos dos días despues de la batalla: ¡estaba todavía inconsolable!

En esto se acercó al grupo el teniente.

—Hé aquí el oficial del cual hablaba en mi carta—dijo en voz baja el capitán; y presentó el teniente á los dos hermanos, que le estrecharon con trasporte la mano, haciéndole mil protestas de afecto y gratitud, á las que él respondió con verdadera efusion. Dichas algunas palabras más, volvió á la batería.

El capitán convino con los dos jóvenes que iría á ver á su padre la mañana siguiente, á las siete, porque á las ocho debía partir para Turin; se hizo decir la calle, el número y el piso de la casa, llamó al teniente y murmuró á su oído:

—Mañana, si á las ocho no estoy aquí, salga con la batería; pero tenga cuidado de no pasar por la calle de... Y se la nombró.

El teniente no comprendió el por qué, pero repuso que obedecería; el capitán se alejó con los dos hermanos.

Al día siguiente, á las siete de la mañana, el capitán, seguido de un ordenanza que llevaba un lío debajo del brazo, llamaba á la puerta de la casa de sus dos nuevos amigos. Debió esperar un minuto, que le pareció una hora. ¿Era impaciente deseo ó temor lo que sentía en aquel punto? Ni siquiera él lo hubiera sabido decir; pero experi-

mentaba penosísima ansiedad. Abrióse finalmente la puerta y aparecieron los dos hermanos. No le dieron tiempo para hablar; pusieron el dedo sobre los labios como para indicar silencio, le hicieron seña para que tuviese en alto y no arrasrase la espada, y saludándole tácitamente, le introdujeron y le hicieron sentar. El ordenanza puso el envoltorio sobre una silla y se marchó.

—Duerme—dijo el hermano mayor;—pero está mejor.

—Lo celebro—repuso el capitán sentándose.

Los dos hermanos se sentaron también, acercando sus sillas de manera que pudieran conversar en voz baja.

—¿Creo que se podrá hablar sin peligro?

—¡Oh! Ahora sí—respondieron á una voz los dos hermanos,—ahora no hay peligro.

—Me alegro. Pero si creyeren lo contrario, les ruego que me lo digan francamente; no quisiera, esperando traer un poco de consuelo, ser en cambio causa de mayor mal. Además, de aquí á Turin hay poco; dentro de tres ó cuatro días podré hacer una escapatoria de algunas horas.

—¡Oh! mucho mejor—exclamaron los dos jóvenes estrechándole la mano;—gracias de todo corazón; pero en realidad, no es menester que se incomode V. otra vez por nosotros. Nuestro padre está verdaderamente mejor. Y despues de todo, si fuese otro hombre del que es, áun vién-



dole mejor se podría dudar... Pero créalo, señor capitán; él tiene un corazón tan capaz de sentir un consuelo de la naturaleza del que V. le trae, que no deja duda sobre el efecto que le producirán las palabras de V. Tiene un buen corazón de padre, pero también un óptimo corazón de ciudadano...

—¡Oh! lo creo.

En aquel momento se abrió una puerta y apareció un bello muchacho rubio, que podía tener diez años. Al ver al capitán movióse como para volver atrás.

—Ven acá—dijo uno de los hermanos.

El muchacho adelantó.

—Este es nuestro hermanito.

—¡Cuánto se parece á aquel pobre joven!—exclamó el capitán.

—Es verdad.

Después de otros cinco minutos de conversación en voz baja, el capitán abrió el lio y habló con los tres hermanos sobre dar una sorpresa al padre, hasta que el segundo de los mismos se levantó y pasó á la estancia contigua para examinar al enfermo.

El oficial y el hermano mayor se estrecharon la mano, diciéndose: —¡Valor!

El joven llegó de puntillas al lecho de su padre. El buen viejo dormía ligero sueño, con un brazo extendido fuera de la colcha y la cara

vuelta á la parte del hijo. Este permaneció contemplando aquella frente despejada y venerable, que, á pesar de la tranquilidad del reposo, ofrecía la huella de profundos dolores, y pensó:

—Ahora te despierto, pobre padre... te despierto para reclamarte al dolor, te quito estos cortos momentos de paz... Pero es necesario. —¡Padre!

Abrió lentamente los ojos, y con la mano que tenía fuera estrechó la del hijo. Este, poniéndole la derecha sobre la frente, se inclinó y le preguntó cómo estaba.

—Mucho mejor.

—¡Oh! Bien... Y... oye, padre: hay ahí una persona que desea verte.

—Hazla entrar.

El hijo no se movió.

—¿Quién es?

—¿Quién es? Es un oficial.

El viejo miró fijamente al joven sin hablar.

—Es un capitán.

—¿Un capitán?—y abrió los ojos.

Siguieron unos instantes de silencio. El muchacho, con gran valor, añadió precipitadamente:

—Es un capitán de artillería.

—¿Eh?—exclamó con mucho ímpetu el padre, é hizo un súbito esfuerzo para levantarse y sentarse. El hijo se lo impidió.

—No, padre—dijo después con mucha dulzura—



ra,—no te muevas; te podía sentar mal; ya sabes que el médico te ha prohibido tomar el aire; estate tranquilo, estate quieto.

Y le hizo poner bajo la cubierta el brazo. Los ojos del viejo relampagueaban y su respiración era afanosa. De allí á poco, sin mirar á la cara del hijo, con voz mal contenida murmuró:

—¿Y ese capitán?...

—Era *su* capitán.

La respuesta estaba prevista.

—Ha venido al pueblo de propósito para verte.

El padre quedó un instante pensativo, después movió la cabeza, se mordió los labios y se cubrió los ojos con una mano.

—¡Padre—dijo afectuosamente el joven besándole la frente,—valor! El capitán ha venido á traerte un consuelo. No hagas eso, vamos (y le hizo quitar la mano de los ojos); ¡ánimo, padre!

—Lámalo.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

—¿Voy?

—Sí, vé.

—Voy allá; pero ten valor, padre; el capitán te dará un consuelo: verás.

Y á pasos rápidos salió de la habitación. El padre lo acompañó con la mirada y fijó los ojos en la puerta. Un breve murmullo, un rumor de espada... Hé aquí el capitán. Apenas lo vió el

viejo tendió los brazos hácia él, murmurando dolorosamente:

—¡Ah, capitán, capitán!

Este corrió, lo abrazó y le dijo afectuosamente:

—¡Valor, querido señor!

El hijo mayor y el pequeño se pusieron á un lado del lecho, y el segundo al otro. El padre había abandonado la frente sobre el brazo del capitán y lloraba. Por un largo espacio de tiempo nadie habló.

De repente, el enfermo se separó de aquel abrazo, levantó la cabeza, y enjugándose los ojos dijo con acento resuelto:

—Capitán... V. estaba allí aquel día; V. le ha visto... Dígame, cuénteme... quiero saberlo todo. Seré fuerte... me siento fuerte... le oiré sin conmoverme... sin interrumpir. Pero quiero que no se me calle nada... quiero saberlo... yo... tengo necesidad... de saber de qué modo... (y aquí el llanto cortó sus palabras) de qué modo ha muerto... mi pobre hijo.

Y nuevamente abandonó la cabeza sobre el brazo del capitán; y sacudiéndola en actitud desesperada, exclamó:

—¡Era tan joven!

—Pero ahora ¡es tan grande!

A esta palabra, el pobre viejo se conmovió, levantó la cabeza y miró fijamente al capitán. Y á medida que lo miraba, su rostro lloroso recobra-



ba una expresion gradualmente más viva de serenidad y altivez, y se animaban sus ojos, é iba retirando poco á poco el brazo de sobre la espalda del oficial, como si el nuevo pensamiento de que parecía ocupado bastase á sostenerle sin necesidad de ayuda alguna. Este pensamiento, que hasta entónces estaba confundido y como adormecido por el dolor, surgió de repente en su imaginacion y le comunicó un súbito é inesperado sentimiento de orgulloso consuelo, é infundió en su ánimo una fuerza de que nunca se hubiera creído capaz.

—¡Tan grande!—repitió en voz baja; y luégo añadió con voz franca y vibrante:

—Decídmelo todo, capitan.

El capitan sentóse lo más cerca que pudo del lecho, y acariciando la franja de la dragona, buscó una manera de empezar. No la encontró pronto, ni el encontrarla le hubiera sido fácil; pero el hermano mayor vino en su auxilio.

—¿Tuvo mucho que hacer, señor capitan, su batería?

—¿En la batalla de Novara? No mucho. Esto es, en cuanto á hacer, verdaderamente se hizo poco, pero nos fatigamos como si hubiéramos hecho muchísimo: se corrió tres ó cuatro horas, sin un minuto de descanso, adelante, atrás, adelante, atrás, casi siempre por el mismo camino. —¡Capitan!—se me grita—vaya á ocupar aquella

altura.—Y yo hacía allá al galope. Pero apénas había llegado arriba, contra-órden, y abajo de prisa, al sitio de ántes. Y así tres ó cuatro veces, sin detenernos un momento. ¡Pobres caballos, también cumplieron y pagaron su parte aquella mañana! Merecían mejor suerte.

—¿Fueron muertos?

—La mayor parte, sí.

—¡Qué lástima!... ¿Y dónde se detuvieron al fin?

—En el punto preciso no lo sabré decir, es decir, no lo sabré nombrar; pero recuerdo exactamente la figura del paraje. Estábamos á la mitad de la subida de un monte; entre aquel punto y la cima, el terreno se hundía tan profundamente que hubiera podido ocultar muy bien dos batallones á los ojos de quien viniese del lado del enemigo. Cuando llegué allí, se veían en lontananza, abajo en la llanura; tres largas columnas de austriacos que avanzaban lentamente, ora replegándose á derecha, ora á izquierda, pero siempre manteniéndose en nuestra direccion; estaban muy lejanas; apénas, apénas se veían blanquear los uniformes y brillar las bayonetas. Uno de mis oficiales fué mandado de prisa con dos cañones sobre el flanco derecho de la colina. Sobre el puesto permanecimos mi primer teniente y yo con cuatro cañones. En el cañon de la derecha (aquí el capitan se volvió al mayor de los hijos)... estaba vuestro hermano.



El viejo no dijo palabra. Hallábase profundamente conmovido, pero impasible. El capitán prosiguió:

—Estaba en el cañon de la derecha. Empezó de pronto el fuego. Apenas cargado su cañon, vuestro hermano, como sargento, debía apuntarlo.

—¡A la columna del centro!—le grité.

—Sí señor—repuso inclinándose para obedecerme.—¡Hagamos honor á la batería!—añadió sonriendo:

Tomó la mira, hizo dos pasos atrás, mandó ¡fuego! y casi en el mismo punto se vió saltar por el aire el tronco de un árbol que estaba en medio de la columna del centro; esta ondeó confusamente, se alargó, se desordenó; los oficiales, á caballo, corrían á galope aquí y allá; despues poco á poco la línea se estrechó, se recompuso y continuó el camino.

—¡Bravo!—grité.—¡Otro!

Tomó de nuevo la mira y otra vez dió en el blanco.

El viejo batió la palma de la mano sobre el lecho.

—Dió perfectamente en el blanco; la columna se descompuso más que ántes; de nuevo los oficiales corrieron de arriba abajo, y de nuevo se rehizo, pero se detuvo. En el mismo punto se vieron aparecer á lo léjos cuatro cañones, llegar

al trote hasta la línea de la columna dos de ellos; colocáronse entre la del centro y la de la izquierda, los otros dos entre la de la derecha y la del centro, y empezaron á disparar contra nosotros.

—¡Valor!—grité volviéndome á mis soldados.—Esta es buena ocasion para hacer ver quiénes somos.

Comenzamos á tirar contra los cuatro cañones del enemigo. La columna retrocedió buen trecho. La del medio se acercó á una casita y entraron muchos soldados.

—¡Sargento!—dije á su hijo;—póngame una bala en aquella casa.

—Sí señor—contestó siempre con aquel su acento firme y resuelto.

En aquel instante pasó á galope cerca de nosotros un coronel de Estado Mayor, oyó mis palabras, se detuvo, y volviéndose hácia el cañon de la derecha dijo fuerte:

—Veamos.

—¡Fuego!—mandó el bravo jóven; y del techo de la casa vimos levantarse en los aires y caer en medio de la columna multitud de tejas y ladrillos, y buena parte de soldados precipitarse fuera y desperdigarse en varias direcciones.

El padre arrugaba con las dos manos la cubierta de la cama, como si fuese presa de un acceso de fiebre.



—¡Bravísimo!—exclamó el coronel, alejándose á galope.

Pero los cañones austriacos tiraban á maravilla. Las balas venían á caer á ocho ó diez pasos alrededor nuestro y se hundían profundamente en el suelo, levantando nubes de tierra y piedras que envolvían á los cañones y á los artilleros y los ocultaban enteramente á mis ojos. Desvanecida la nube, se veía siempre á vuestro bravo hijo limpiarse la tierra entre el cuello y el corbatín, sonriendo, tranquilo, impasible, como si para él no hubiese ningún peligro... Pero fuimos desgraciados. Una bala cae en medio de la compañía de infantería que teníamos de escolta á la espalda y mató tres soldados. Después de un momento, uno de nuestros caballos fué muerto y otros dos cayeron gravemente heridos. Este, sin embargo, fué el menor mal... No habían trascurrido dos minutos, cuando se oyó un estampido terrible y un agudísimo grito; una bala había roto la rueda de un cañón y tendido en tierra, deformados, dos artilleros... No era el cañón de vuestro hijo.

El viejo respiró como si le quedase esperanza de que su hijo viviera.

—A aquella vista, me acuerdo que vuestro hijo se dió una gran palmada en la frente y dió un grito de dolor. No estábamos, sin embargo, reducidos á condición desesperada; hubiéramos podido todavía estar firmes en nuestro puesto buen

trecho; mas dos nuevos cañones enemigos se vinieron á reunir con los cuatro primeros; las columnas austriacas empezaron á avanzar; nosotros no podíamos permanecer largo rato en aquel sitio. De improviso sentimos detrás de nosotros confuso rumor de pasos, de voces y de armas, y vimos á dos batallones desplegarse apresuradamente sobre la cresta de la colina en actitud de tomar la ofensiva.

Entre la cresta y nosotros, como dije, el terreno se bajaba; por esto á la infantería no convenía avanzar hasta nuestra línea; á nosotros tocó retroceder. La columna del centro venía hácia adelante muy rápida. Esperé que llegara á tiro y mandé: ¡Metralla! A la voz de ¡fuego! se oyó como rumor de truenos acompañados de silbidos horribles, levantóse espesa nube de polvoreda, que nos ocultó la columna, y después un súbito descomponerse, y vimos en las filas del enemigo una rota, una confusión infernal. Pero era tarde. Los enemigos, así como estaban desordenados y confundidos, continuaron subiendo audazmente: no había tiempo que perder, era preciso salvar los cañones. Los caballos no bastaban.

—¡A brazo!—grité.—¡Atrás!

Treinta vigorosos brazos cogieron las ruedas, las cajas y los arzones, y empezaron á echar atrás los cañones.

En el cañón de la derecha faltaba un artillero.



Vuestro hijo hizo sus veces; él mismo cogió la rueda de la izquierda.

—¡Valor!—gritaba—¡fuerza! ¡fuerza!

Pero el pedazo de terreno que debía recorrer su pieza estaba húmedo; las ruedas se hundían; el esfuerzo que se debía hacer para moverlas era tremendo; aquellos cinco bravos soldados hacían la fuerza de veinte; se veían los músculos de aquellas manos y de aquellos cuellos hincharse que parecían querer romper la piel; estaban negros, bañados en sudor, desfigurados.

—¡Valor!—decían los soldados y los oficiales que estaban sobre la cima de la colina.

Y los artilleros redoblaban sus esfuerzos. Ya se sentían á la espalda los pasos precipitados de la columna enemiga, y las voces excitantes de los oficiales; una cadena de cazadores destacada de la columna enemiga de la izquierda, nos enviaba continuada tempestad de balas; estábamos casi sobre la cresta... ¡En aquel punto fué herido!

—¿Dónde? ¿Dónde fué herido?—preguntó ansiosamente el pobre viejo, como si oyese por primera vez aquella noticia.

—...En la pierna.

—¡Oh! ¿Y en qué sitio?

—...Aquí,—respondió el capitán señalando la pantorrilla derecha.—Apénas herido, se inclinó un instante á mirar la pierna y gritó:

—¡Nada! ¡Nada! ¡Ánimo, fuerza!—y siguió empujando la rueda.

—¡Bravo!—interrumpió con voz firme y sonora el enfermo.

—¡Oh, sí! Bravo, de veras; y en efecto, los soldados que estaban junto á él, le gritaron: ¡Bravo! Los cinco valientes hicieron un último esfuerzo, empujaron el cañon hasta la cima y lanzaron un agudo grito:—¡Está salvado!—y cayeron desfallecidos al suelo.—Sin embargo, se levantaron pronto...

—¡Pero no se levantaron todos!—exclamó el viejo cubriéndose el rostro con las manos.—¡Oh, lo sabía!

—...Había sido herido en un costado.

Siguió un momento de silencio.

—Apénas los cañones hubieron traspasado la cima, los dos batallones de infantería rompieron un vivísimo fuego de fila sobre la columna asaltadora. El cañon de la derecha fué llevado adelante unos treinta pasos. Miéntras lo arrastraban (en este punto el capitán se puso de pié), vuestro valiente hijo, tendido en tierra, apretando con una mano la herida, gritó todavía dos ó tres veces: ¡Fuerza! ¡Fuerza! Despues le faltó la voz, hizo todavía una seña con la mano:

—¡Oh, capitán!—gritó el viejo con voz llorosa.

—Oid... Apénas nuestros cañones se detuvie-



ron, llegaron los caballos de algunas otras piezas caídas en poder del enemigo; ordené que los engancharan corriendo. El teniente, bajando del caballo, se disponía á hacer cumplir mis órdenes, de pié ante la pieza de la derecha, con la espalda vuelta hácia la parte del enemigo; los caballos estaban ya enganchados; estaba á punto de volverse á mí para decirme: ¡Estamos prontos! Cuando de repente sintió que le cogían una rodilla por detrás; se volvió y vió...

El viejo se sentó sobre la cama y estrechó la derecha del capitán preguntándole con un grito:

—¿A quién?

—A vuestro hijo.

—¡Dios mío!

—Vuestro hijo, que extenuado, moribundo, se había incorporado para dar el último adiós á su cañón, á sus compañeros...

—¡Capitán!...

—Todos los artilleros le rodearon; dos de ellos le levantaron por debajo de los brazos y le pusieron de rodillas. Agitaba los dos brazos y abría y cerraba la boca mirando al teniente como si quisiera decirle algo.

—¿Qué quieres, bravo sargento?—le preguntó el teniente con voz llena de afecto y compasión.

—¿Qué quieres?

Entonces él, levantó los brazos y juntó las manos, como en actitud de abrazar. El teniente

tuvo una buena idea puso la mano sobre la boca del cañón y le preguntó:

—¿Esto?

—¡Sí, sí, sí!—parece que quería decir él, moviendo la cabeza y dando señas de vivísima alegría.

Los dos soldados lo llevaron hasta el cañón, él lo rodeó con sus brazos, lo estrechó contra su pecho y... ¡murió!

El padre, que hasta entonces le había estado escuchando con emoción siempre creciente, estrechándole convulsivamente, bien la mano, bien la espada, bien el faldón de la levita, y palpándole los hombros y los brazos, como hubiera hecho un ciego para reconocerlo, á aquellas últimas palabras, rompió en un violento sollozo que tenía al mismo tiempo algo de la risa y del llanto; y sus ojos se inflamaron y todo su rostro se iluminó por profunda alegría.

—...La vista de aquella muerte de héroe—prosiguió con apasionado acento el capitán,—nos llenó de entusiasmo. El teniente cogió con las manos la cabeza de vuestro hijo y fijando en sus ojos la mirada, como si todavía hubiera estado vivo, gritó dos veces casi fuera de sí: ¡Querido! ¡Querido!—¡Viva!—prorumpieron á una voz todos los soldados, y yo les dije:—Saludarlo.—Todos llevaron la mano á la gorra y lo saludaron, y repitieron á una:—¡Viva!

El viejo rompió á llorar.



—Sí, sí,—continuó el capitán cada vez más animado,—verted esas dulces lágrimas; eso os hará bien; vertedlas; él es el orgullo de nuestra batería; no será olvidado jamás; dentro de veinte años, nuestros soldados pronunciando su nombre sentirán latir su corazón como nosotros mismos, pocos días después de haber muerto, y dirán todos que ha sido un valiente, y lo amarán y lo bendecirán como á un hermano lejano... Sí, sí, podeis llorar ahora; ahora podeis doleros; así, llorad que quiero que bañeis con vuestro llanto esta divisa; aquí, aquí...

Y esto diciendo, rodeó con sus brazos y estrechó contra su pecho la blanca cabeza del anciano y la tuvo así un instante. Los hijos lloraban.

El enfermo, repuesto de la larga y profunda emoción, apenas separado del abrazo, abandonó la cabeza sobre la almohada y dijo con voz calenturienta é interrumpida:

—Gracias capitán; gracias de lo más profundo de mi corazón. Vuestras palabras me han hecho mucho bien. Me parece que habeis quitado un gran peso de mi corazón. Casi no sufro ya. Me habeis proporcionado inmenso consuelo, mi buen capitán... Os doy las gracias.

Y cerró los ojos y reposó algún tiempo como si durmiese. En tanto, los tres hermanos habían ido uno tras otro á la habitación vecina y habían vuelto sucesivamente, trayendo cada cual oculta

una mano tras de la espalda. Por fin, también el capitán había tomado aquella posición. El enfermo no había advertido nada.

—¡Capitán!—dijo por fin volviéndose.

—¡Señor!...

—Él era vuestro sargento.

—Sí.

—¡Entonces!... por fuerza... tendrá V. algún escrito suyo, algún documento... ó algún...—y no encontraba la palabra.

—¿Recuerdo, quereis decir?

—Exacto, ¿lo tiene V. capitán?

—Tengo; tengo muchos; apenas llegue á Turin se los mandaré en seguida. ¡Oh! Ya había yo pensado en esto. Si V. no me hubiera hablado de ello ahora, le hubiera hablado yo.

—¡Oh capitán—exclamó el viejo—¡qué bueno es V.! ¡Cuánto le debo!... Yo conservaré religiosamente todo aquello que haya escrito mi pobre hijo, lo leeré diez veces al día, lo tendré siempre ante los ojos... ¡Oh! Me da un gran consuelo enviándome...

—Pero no será ese el único consuelo.

—¿Qué otro pues?—interrogó vivamente el buen padre, y se sentó de nuevo.

—Esto, por ejemplo,—repuso el capitán y le dió una gorra de sargento de artillería que tenía escondida detrás de la espalda.

El viejo lanzó un leve grito, cogió con las dos



manos la gorra y la besó dos ó tres veces ardentísimamente.

—Padre—dijo entónces el hijo mayor,—tambien tengo yo un consuelo que darté... hélo aquí,—y le dió un par de caponas de sargento.

Y el padre cogió afanosamente y besó tambien las caponas.

—Tambien tengo yo...—dijo de pronto el segundo hermano y dió al padre los cordones amarillos de gala.

Él los tomó y los besó con el mismo afán.

—Y yo...—dijo finalmente el pequeño.

—¡Oh, hijo mío!—exclamó afectuosamente el padre juntando las manos.

—Yo tambien tengo que darté una cosa en... (y pensó un instante) en anticipo, como me ha dicho que se dice el señor capitán. Héla aquí.

Y dió al padre una medalla al valor militar con cinta.

No bien el padre la había entrevisto, cuando ya la tenía entre las manos, cuando estrechaba sobre su pecho en un mismo abrazo, la cabeza del niño, los cordones, las caponas, y la gorra, diciendo:—¡Oh! ¡Aquí está mi hijo! ¡Este es mi hijo! ¡Lo noto!

Dejó finalmente libre al muchacho y cayó otra vez sobre la almohada, siempre teniendo estrechados sobre el pecho con los brazos cruzados, aquellos objetos, para él preciosos. Y de vez en

cuando, con los ojos cerrados, repetía dulcemente:—¡Oh! Este es mi hijo... lo siento, lo reconozco.—Y apretaba más y más los brazos.

Callaron todos, hasta que el capitán dijo en voz baja á los hijos que era ya hora de marchar. Eran las ocho: no podían rogarle que se detuviera más.

—¡Padre!—apuntó el hijo mayor. El anciano abrió los ojos.

—El capitán debe marchar...

—¿Marcharse? ¿Marcharse ya? ¡Oh, buen Dios! ¿y por qué? ¿No puede todavía quedarse algunas horas con nosotros, señor capitán?

—No puedo, señor, y lo siento; es preciso que parta en seguida.

—¡Capitán!

—¡Mi querido señor! Estrechadme la mano. (El padre se la estrechó vigorosamente.) Volveré; quiero verlo otra vez; le escribiré, no lo dude.—Es imposible que me olvide nunca de V., ni de este día. Yo lo quería ya ántes de conocerlo, por ser padre de un valiente soldado; pero ¡ahora! ahora que he conocido de cerca, su generoso corazón y su noble alma, ahora lo admiro, lo amo mil veces más que ántes. Ánimo; acuérdesse algunas veces de mí, y piense que como he sufrido con su dolor, así estaré siempre orgulloso de su orgullo, y que con la misma íntima alegría con que V. puede decir:—Aquel héroe era un hijo



mío.—Yo diré siempre:—Aquel héroe era un soldado mío. Y ¡adios!

—¡Adios!... ¡Oh! Yo no puedo deciros aún adios, querido capitán. No... es demasiado pronto... no puedo...

El capitán abrió la boca para hablar; pero el viejo le hizo una seña resuelta con la mano como para imponerle silencio, bajó la cabeza y permaneció inmóvil en actitud del que presta atención á un rumor lejano.

—¿Qué?—preguntó uno de los hermanos.

—¡Silencio!—repuso el padre.

Todos enmudecieron. El capitán prestó atención, hizo un movimiento de sorpresa y de mal humor y dijo para sí:—¡Que se hayan olvidado! ¡Que no me hayan comprendido!—Se sentía en efecto un rumor lejano, sordo, indistinto que crecía poco á poco.

—Padre, ¿qué escuchas?

El padre, sin mover la cabeza ni los ojos, extendió la mano hácia el capitán, lo cogió por el brazo, lo acercó á sí y le preguntó en voz baja:

—¿Oís, capitán?

—¿Yo? Nada.

En aquel punto se oyó una voz lejana que parecía voz de mando militar; el rumor se había hecho más distinto.

—¡Capitán!—dijo con voz impetuosa el anciano; sentándose en la cama.—¡Esos son cañones!

El capitán tembló.

—¡Esa es vuestra batería!

—¡Qué! No puede ser. Os engañais, os lo aseguro...

—¡Es vuestra batería, os lo repito! ¡La oigo! ¡La veo! ¡Decidme la verdad, señor capitán!—Su voz y su cara tenían algo de terrible.

—Pero no—repuso el capitán alzando la voz para cubrir el ruido, y todos los demás hicieron lo mismo;—no es posible, os lo repito; yo he venido aquí solo; mi batería está en Turín hace ya unos días; eso que oís son los carros de la administración militar; creedlo, os lo aseguro; ¿qué razón había para engañaros? Yo no...

—¡Oh, callad todos!—gritó imperiosamente el anciano separando á sus hijos que lo tenían abrazado.—¡Quiero que calleis todos!

Era imposible desobedecer; todos callaron y se oyó distintamente el rumor de los carros, el pisar de los caballos y las varias voces de mando.

—¡Ah! ¡Ya os lo decía!—gritó con acento de triunfo el pobre viejo, casi fuera de sí de alegría;—¡ya os lo decía yo! ¡Si presentía mi corazón que eran cañones! ¡Si lo estaba viendo! ¡Ea! pronto, mi ropa, quiero levantarme, quiero bajar...

—No, padre, ¡no, no!—respondieron á una voz los hijos.—Tú no puedes bajar: estás enfermo; esto podría ponerte peor.—É intentaban detenerlo en la cama. Pero él, abriendo vigorosa-



mente los brazos y rechazando á todos, léjos de sí:

—¡Dejadme—gritó—en nombre del cielo! Quiero dejarme morir. Venga mi ropa, pronto; lo quiero.—É hizo movimiento de arrojar-se fuera del lecho. Se lo impidieron; pero ya no era posible tranquilizarlo; tuvieron que obedecer; le llevaron su ropa y le ayudaron á vestirse precipitadamente, sin que por esto dejaran de suplicarle que desistiera.—¡No, no, no!—iba él repitiendo con voz sofocada y afanosa—quiero bajar... quiero ver...

Vestido ya y sostenido por sus hijos, se dirigió á pasos desiguales fuera de la habitacion. Pero entre tanto, el capitán, asomándose á una ventana, llamaba al teniente que pasaba en el mismo instante y le había ordenado que pusiera la batería al trote. La órden fué cumplida. El viejo llegó á la calle, vió que la batería se alejaba corriendo, lanzó un grito desesperado é intentó arrojar-se á los piés del capitán, suplicándole con las manos cruzadas:

—¡Oh! ¡Por piedad, capitán, por piedad!...

El capitán no pudo resistir.—¡Cabo!—gritó al primer cabo que pasó por delante:—Decid al teniente que detenga en seguida la columna!

La columna se detuvo. El anciano siempre sostenido por los hijos, y precedido por el capitán se dirigió hácia la batería que había recorrido buen trecho.

Llegaron hasta el último cañon; el anciano se volvió hácia el capitán, y no pudiendo articular palabra, le hizo una seña.

—No, no es éste,—repuso el capitán.—¡Adelante!

Entonces comprendió el teniente. Llegaron al segundo cañon.

—Tampoco es éste; todavía adelante.

—Llegaron al tercero. El capitán no tuvo necesidad de hablar. El anciano se abalanzó, con inexplicable transporte de ternura sobre el cañon y le rodeó con sus brazos hácia el centro: el hijo moribundo lo había abrazado á la boca.

—¡Aquí, aquí!—gritó el capitán golpeando la boca con la mano.

El padre extendió los brazos á la boca, la estrechó contra el pecho, y sobre ella dejó caer su rostro con afectuosísimo abandono, sollozando:—¡Oh, hijo, hijo mío!

En tanto, á una seña del capitán, el teniente había descendido del caballo, habían bajado también de sus arcones los dos artilleros que sostuvieron al sargento moribundo, y se habían puesto los tres, detrás del anciano: el oficial en medio, los dos soldados á los lados.

—¡Señor!—exclamó el teniente.—El padre, sin separar los brazos del cañon, volvió la cara, vió al grupo de los tres, acudió á su mente la escena narrada por el capitán, se puso de pié, ex-



tendió un brazo á derecha y otro á izquierda alrededor del cuello de los dos artilleros, é inclinó la frente sobre el pecho del teniente. Éste, conmovido, rápido, cogió entre las manos la cabeza del anciano y depositó sobre su frente el beso que había dado á su hijo sobre el campo de batalla.

—¡Todos; mis hijos!—gritó el pobre padre.

El capitán hizo una seña. Todos los soldados se pusieron en pié y saludaron militarmente.

El buen anciano sintió que le flaqueaban las piernas y cayó entre los brazos de sus hijos.

Algunos minutos despues el último cañon de la batería, iba á desaparecer por el fondo de la calle, y el padre apoyado en brazos de sus hijos, delante de la puerta de casa, lo saludaba con la mano, como si verdaderamente partiese con él, su hijo muerto.

—¡Oh, padre!—le dijo uno de los jóvenes.—  
¡Nuestro hermano no ha muerto!

El, levantando altivamente la cabeza, respondió:

—¡Y no morirá jamás!



## ÍNDICE

(BOCETOS.—2.<sup>a</sup> SÉRIE.)

	Páginas
DEDICATORIA DEL TRADUCTOR.....	V
DEDICATORIA DEL AUTOR.....	VI
ADVERTENCIAS.....	VII
El centinela.....	1
El campamento.....	17
El mutilado.....	45
El ejército italiano durante el cólera de 1867.	81
El recluta.....	179
Una marcha nocturna.....	201
El ramillete de flores.....	217
Ida y vuelta.—Recuerdos de 1866.....	231
— En casa.....	233
— En marcha.....	251
— En campaña.....	267
— Regreso.....	301
Una muerte en el campo.....	315

